



**Deja que los Perros ladren
(Madrid)
1961**

Fecha - 7 JUN. 1961

TEATRO

Segunda representación de teatro chileno en el Español

Anoche se dió en el Español la segunda de las representaciones que en su breve temporada nos ofrece el Teatro de Ensayo, compañía profesional de la Universidad Católica de Chile. Se puso en escena la comedia dramática original de Sergio Vodanovic "Deja que los perros ladren". Fué escuchada con gran atención y seguida con el máximo interés por el auditorio, que aplaudió largamente todos los cuadros y al final de la representación prorrumió en grandes ovaciones. La obra se interpretó bajo la dirección de Pedro Mortheiru, con una excelente escenografía de Detmer Aising.

La comedia, que revela a un autor de méritos nada escasos, está bien construida y dialogada y resulta simpática por el propósito moral que la anima, su postura frente a la corrupción y su sátira de vicios sociales. Es valiente y trata de mover el espíritu de la juventud por un camino de ideales y de noble lucha. No es nueva

en su manera teatral, que encaja en la línea del repertorio moralizador y satírico que se cultivó ya hace unos años; pero muestra una gran dignidad y unos valores permanentes que la hacen de seguro efecto en el espectador. Bien lo mostró el público de anoche, que siguió la representación con vivo interés.

Cierto que ayudó mucho al éxito logrado una interpretación perfecta, en la que los cinco personajes que componen el reparto actuaron con espléndida naturalidad. Mencionaremos en primer lugar a Silvia Piñeiro no solamente por ser la única mujer del reparto, sino porque su dominio del papel y la riqueza de expresiones y matices que le comunicó fueron de mérito sobresaliente. Mario Montilles estuvo sobrio y acertadísimo, así como Héctor Noguera en el papel del hijo. Y con ellos, y al mismo nivel de sobriedad y fuerza expresiva, Justo Ugarte y Mario Hugo Sepúlveda. Entre todos compusieron un conjunto impecable. —N. GONZÁLEZ RUIZ.

INFORMACIONES

MADRID

Fecha 7 JUN. 1961

CRÍTICA: "Deja que los perros ladren", de Sergio Vodanovic, por el Teatro de Ensayo Chileno, en el Español

ANTE comedias de intención social hay que separar lo que son valores de tipo local u ocasional de la idea general que les ha dado vida en el escenario. Si no se realiza esa operación corremos el riesgo de que los ataques a situaciones inmediatas y determinadas se sobrepongan en nuestro entendimiento a la percepción de virtudes de mayor peso. «Deja que los perros ladren» se desarrolla sobre un esquema que evidentemente responde a una situación chilena, a una situación de la política chilena existente en la realidad o creada por el autor. Pero, por debajo de ese —digamos— aspecto «nacionalista» corre una proclama en favor de la honestidad, del idealismo, de la fe en algo más importante que el puro éxito dinerario. Y eso es lo que hace de esta comedia una obra considerable. Porque además —y a despecho de similitudes aparentes— no puede ser confundida con el teatro que se escribía hace cincuenta años. Es una comedia moderna por su forma, forma que me atrevería a calificar de admirable por su concisión, por el rigor de su desarrollo y por la claridad de sus intenciones. Una vez más nos hallamos ante el conflicto que la conducta irregular de un padre, víctima en cierto modo del medio ambiente, desencadena en el seno de su propia familia. El honrado funcionario deja de ser honrado. Pero su hijo no llegará a conquistar las virtudes que para el soñaba su progenitor, porque las palabras le hacen menos efecto que los ejemplos vivos, y en vez de los consejos asimila los hechos. Todo ello representa algo más que un análisis de circunstancias políticas, con tener éstas un papel de primer orden en el desenvolvimiento del argumento.

Sergio Vodanovic sale en defensa de la decencia. Quizá resulta excesivo su respeto a la ley. El problema es más profundo. La ley, como creación humana, puede ser injusta, y entonces es la propia conciencia la que debe decidir. Pero en este caso particular, el protagonista no es un intelectual, sino un empleado del Estado con un rígido concepto del deber. Y falta a este deber para evitar el cese y escapar a la pobreza. Le vemos prosperar hasta que se arrepiente, da marcha atrás y restablece en su pensamiento y en sus actos la sinceridad.

Una interpretación ceñida, a medio tono, suprimió los riesgos de que la acción tomase un

rumbo melodramático y acentuó la tensión de las situaciones.

Es en el segundo acto, y próximo el desenlace, cuando el autor pone en boca del más joven de los personajes un espléndido monólogo —que halla respuesta muy inteligente— en el que queda radiografiado lo que podríamos llamar el «mal del siglo». La juventud no encuentra causas lo suficientemente atractivas para embarcarse hacia el heroísmo, hacia el idealismo, hacia la acción noble y desinteresada. Sólo quiere vivir intensa y rápidamente. El autor centra la explicación en Chile, pero probablemente es válido para otras latitudes.

Sin embargo, la reacción sobreviene en sentido positivo. Hemos visto un naufragio colectivo del que sólo se salva la madre de familia, aferrada tercamente a sus convicciones conservadoras. Un periodista cínico, un funcionario y un ministro corrompidos, un estudiante a la deriva... Todo esto gira sobre sí mismo y produce finalmente una especie de asalto a las barricadas del escepticismo y la inmoralidad, porque el autor tiene fe en el futuro y no quiso que el telón descendiese sobre un panorama de ruinas, sino sobre un amanecer esperanzado.

Nuevamente el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile ha probado su excelente preparación profesional. Actores que intervinieron en «La pergola de las flores» encarnaron en «Deja que los perros ladren» personajes de condición muy diferente y lo hacen con estilo de perfectos comediantes de hoy. Las diversas situaciones se prestaban al desmelenamiento. Pues bien: apenas se oyó algún grito, y esa misma discreción de tono dió a la comedia su verdadera significación dramática. Mario Montilla, Héctor Noguera, Silvia Piñeiro, Mario Hugo Sepúlveda y Justo Ugarte dieron vida a los cinco personajes del reparto con profunda sinceridad.

Los aplausos más calurosos premiaron al autor y a los intérpretes y el telón se levantó muchas veces en honor de cuantos participan en esta dignísima empresa de arte dramático chileno, capaz de dejar muy alta la bandera de su país sea cualquiera el lugar en que actúe.

Adolfo PREGO

Fecha - 9 JUN. 1961

Teatro

ESPAÑOL: "Deja que los perros ladren", de Sergio Vodanovic, por el Teatro de Ensayo de Chile.



Mario Montillas, Silvia Piñeiro, Héctor Noguera y Justo Ugarte

Los incesantes aplausos tributados por el público que llenaba las localidades del histórico coliseo de la plaza de Santa Ana premiaron en idéntico grado de entusiasmo tanto el insuperable trabajo interpretativo exhibido por la compañía profesional de la Universidad Católica de Chile como la enjundia problemática de la obra elegida para ofrecer en Madrid una segunda muestra de su selecto repertorio durante la breve actuación en nuestra capital.

Por lo que respecta al primer aspecto, es difícil encontrar adjetivos encomiásticos que reflejen debidamente su exquisita calidad. En un reparto reducido—sólo cinco personajes—hay que subrayar la labor magnífica de Silvia Piñeiro, actriz eminente, rica en matices, expresividad, dulzura y vigor dramático y con la que rivalizan en méritos Mario Montilles, en un papel harto difícil y pletórico de transiciones emocionales; el joven actor Héctor Noguera y, en plano más secundario, por imperativos de su misión, Justo Ugarte y Mario Hugo Sepúlveda. La dirección de Pedro Mortheiru, la escenografía de Detmer Aising y la iluminación de Bernardo Trumper requieren también elogios.

«Deja que los perros ladren», de Sergio Vodanovic, autor dichosamente emparejado con el éxito, obtuvo el máximo galardón en el concurso de obras teatrales chilenas celebrado en 1958, y hay que citar, además, en el recuento de sus triunfos, «El senador no es honorable», «Mi mujer necesita marido» y «La cigüeña también espera». La impresionante comedia que ahora hemos admirado tiene un marcadísimo carácter social, y si buscáramos sus antecedentes españoles, vendrían a las mentes títulos de celebradas ficciones de Benavente, Linares Rivas, Alfonso Paso y Calvo Sotelo, en cuanto a similitudes y semejanzas de tema o intención. Se trata de la lucha con su conciencia de un funcionario recto inducido a la prevaricación, que llega a sucumbir ante coacciones superiores y en busca del bienestar de su esposa y el porvenir de su hijo; pero que después opta por la purificación moral, enfrentándose con la incertidumbre del porvenir material. Acompaña a tan hondo problema otro igual-

mente profundo; el de la desorientación de la juventud cegada por el becerro de oro. Técnica y estéticamente, la aleccionadora y audaz fábula fué construida de ejemplar manera, según evidencian la acción y el diálogo.

Al terminar la representación, los espectadores, puestos en pie, tributaron a la obra y a sus intérpretes una larga ovación final, acentuando la complacencia ya demostrada al concluir cada uno de los cinco cuadros de que consta «Deja que los perros ladren».

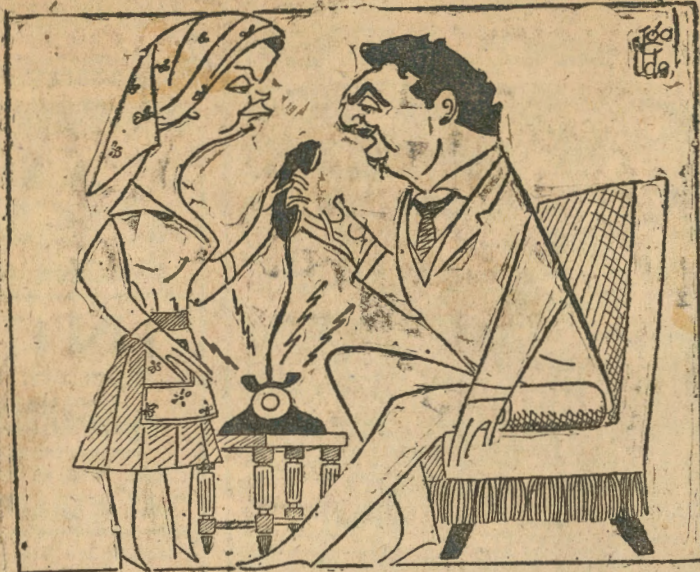
ARDILA

INFORMACIONES TEATRALES Y CINEMATOGRAFICAS

EL TEATRO CHILENO PRESENTA EN EL ESPAÑOL "DEJA QUE LOS PERROS LADREN"

Grandes y merecidas ovaciones premiaron anoche en el Español la admirable labor realizada por el Teatro de Ensayo (Compañía Profesional de la Universidad Católica de Chile) al estrenar la obra de Sergio Vodanovic "Deja que los perros ladren". Los aplausos fueron extensivos al término de la representación al director artístico Morthéiru y al de escena, Fuentes, y también merece sincero elogio la escenografía de Aising.

¡Qué impecable y ejemplar interpretación paladeamos y saboreamos a noche! Silvia Piñero hizo una madre conmovedora, llena de unción y ternura, de dulzura y fortaleza, con gesto, ademán y matiz exquisitos. Mario Monttilles, Mario Hugo Sepúlveda, Justo Ugarte y el joven Héctor Noguera—lleno de fogoso ímpetu—actuaron magistralmente en limpio tono de sinceridad y de verdad, sin salirse ni un instante de la situación, calibrando el silencio, la pausa, la réplica y el "saber escuchar"—mérito éste tan raro y tan difícil—. Quede constancia de nuestra encendida alabanza para tan magníficos artistas.



Silvia Piñero y Mario Monttilles, intérpretes de "Deja que los perros ladren", que el Teatro de Ensayo de Chile estrenó ayer en el Español.

sobre todo aquellas de mayor sencillez hogareña, y las que tienen un acento más efectista contribuyen muy eficazmente al desarrollo de la temática mostrada por el

La obra de Vodanovic pertenece a ese género que entre nosotros solemos llamar de "delación" o "denuncia", que antes se denominaba de "sátira social".

Desde Benavente y Linares Rivas a las piezas de ese tipo de Alfonso Paso, pasando por "La Muralla", de Calvo Sotelo, contamos en el teatro español con ejemplos muy parecidos al de "Deja que los perros ladren", que también ha podido titularse: "Ladran, luego cabalgamos", ya que la intención de esa frase es la que cierra y epiloga la comedia.

Tiene la pieza una clara intención moralizadora y ejemplarizadora; quizá es demasiado explícita, es decir, pone la tesis en labios de los personajes en vez de seguir el consejo de Larra, que pedía que se desprendiera del sentido de la acción, pero su diálogo es justo y ceñido, sus tipos son humanos y están bien dibujados, y con pocos y bien aprovechados personajes el autor sabe dar buen ritmo al juego escénico e interesar y conmover al público, que es lo importante.

La comedia, que comienza con un grato tono intimista, deriva luego a la exposición de un conflicto de conciencia que se le plantea al personaje principal y que repercute notoriamente en su vida familiar. Al final, y tras el nudo bien trabado dramáticamente de la producción escénica—con un emocionante enfrentamiento paterno-filial—se llega a una conclusión confortadora y consoladora, sin que decaiga el tono y el interés.

Algunas de las escenas son primorosas,

autor, que nos ha causado una impresión excelente.—Alfredo MARQUERIE.

EL ALCÁZAR

MADRID

7 JUN. 1961

Fecha

CRITICA TEATRAL

"DEJA QUE LOS PERROS LADREN", EN EL ESPAÑOL

La Compañía Profesional de la Universidad Católica de Chile, dirigida por Eugenio Dittborn, ha hecho su segunda salida ante el público madrileño en el escenario del Español con la obra de Sergio Vodanovic "Deja que los perros ladren".

La comedia muestra un contenido de preocupación social, ironizando los defectos morales que se desarrollan con naturalidad en un ambiente público y que van ganando a los que parecían intachables en su comportamiento anterior, solamente por el deseo de triunfar o de hacer triunfar a los suyos.

El tema de la obra no es nuevo, pero está desarrollado con interés, aunque el autor consume un poco las posibilidades de los cinco personajes de su comedia presentándoles a todos en el primer cua-

dro, con su gama completa de reacciones, que hacen addivinar las que tendrán en el futuro, como así sucede en los cuadros posteriores. En conjunto la obra interesó al público que llenaba el teatro.

Lo mejor fue, indudablemente, la calidad interpretativa de todos y cada uno de los actores: Silvia Piñero, Mario Monttilles, Mario Hugo Sepúlveda, Héctor Noguera y Justo Ugarte, con mención muy especialísima para la dama por su dominio del gesto y su flexibilidad de interpretación.

Muy bien dirigidos por Pedro Morthéiru y con una acertada escenografía de Detmer Aising, los actores, con su gran altura escénica, fueron quienes arrancaron las ovaciones y los bravos del público al final de la representación y de cada uno de los cuadros.—I

Arriba

MADRID

Fecha

8 JUN. 1961

TEATRO

Estreno de "Deja que los perros ladren" en el Español

Por lo visto hasta ahora, se intenta en Chile hacer un "teatro" que equivalga a eso que en Europa llamamos teatro nacional. Propósito ambicioso, del que las muestras conocidas nos dejan satisfechos, no sólo por su calidad, sino por su orientación. Porque para la constitución de un "teatro" la materia elegida por los autores debe proceder de la sociedad en que este teatro nace y a través de ella alcanzar—si es posible—la universalidad. La materia dramática de "Deja que los perros ladren", de Sergio Vodanovic, drama estrenado por el Teatro de la Universidad Católica de Chile, responde a esta exigencia. Es una obra de construcción muy sobria—sin más elementos que los indispensables—, muy correcta y que por alguna de sus escenas manifiesta que el autor posee verdadero talento de dramaturgo. Dos tipos al menos están perfectamente trazados (la madre y el hijo); no así el del padre, que en los dos últimos cuadros nos parece más un símbolo que una persona viva, quizá porque el autor busca un final ejemplar. El diálogo es vivo, apropiado, característico. La intención moralizante es obvia. Se percibe, sin embargo, cierta ingenuidad fundamental, que nos hace pensar del autor que su madurez técnica y artística se ha adelantado a su madurez humana.

No hay que hacer objeción alguna a la interpretación. Por el contrario, debe ser unánime y calurosamente elogiada. Estos cinco intérpretes: Silvia Piñero, Mario Monttilles, Héctor Noguera, Justo Ugarte y Mario Hugo Sepúlveda, a quienes hemos visto hace días en papeles cómicos, han alcanzado tal naturalidad, tal verdad, tal sencillez, que con la mayor alegría les reconocemos un dominio del arte interpretativo próximo a la perfección. Escuchándolos, creo que algo debemos aprender de los países nuevos, que en esta materia carecen, por fortuna, de "gloriosa" tradición romántica. Los elogios son extensibles, naturalmente, al director de la obra, Pedro Morthéiru, y al escenógrafo, Detmer Aising. Todos ellos fueron calurosamente aplaudidos al terminar la representación, con el mismo entusiasmo y la misma justicia que en la anterior.

MADRID

MADRID

7 JUN. 1961

Fecha

ESPAÑOL: ESTRENO DE
"DEJA QUE LOS PERROS LADREN",
DE SERGIO VODANOVIC,
POR EL TEATRO DE ENSAYO DE CHILE

El Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile estrenó ayer en el teatro Español la comedia dramática de Sergio Vodanovic "Deja que los perros ladren", obra de crítica social moralizadora y constructiva. El autor no se conforma con denunciar, por ejemplo, la corrupción política o la vulneración de la ley por quienes más obligados están a respetarla, sino que plantea a la juventud, como digno ideal en el que emplear sus generosos impulsos, la conquista de esa justicia allí donde falta, la lucha por un orden social más acorde con las normas éticas que hacen posible la convivencia humana. Otra faceta importante de la tesis que mantiene el autor es la de resaltar el valor insustituible del ejemplo: "De nada vale decir: '¡Todos lo hacen!', porque todos podrían dar la misma excusa." Es preciso que los actos propios se conformen a la rigidez moral con que solemos juzgar los ajenos. Sobre la importancia del fondo ha de resaltarse también en "Deja que los perros ladren" la perfección formal de la obra, en la que la acción va muy bien dosificada y los personajes tratados con gran realismo y verosimilitud. Hay tensión dramática auténtica y escenas de profunda humanidad y ternura. Quizá haya algo de artificioso en la manera de enfocar el desenlace, pues presenta como fácil lo que, evidentemente, no puede serlo tanto; pero bien puede perdonarse este recurso del autor en gracia al superior valor ético y aun estético de toda la obra.

Los actores realizaron todos ellos una labor encomiable, admirable especialmente por lo que atañe a Silvia Piñero, que interpretó el personaje de la madre con una sinceridad y una propiedad extraordinarias. Mario Monttilles, Justo Ugarte, Mario Hugo Sepúlveda y Héctor Noguera destacaron igualmente en sus respectivos cometidos, realizando una interpretación de conjunto de singular plasticidad. A su éxito personal ha de añadirse, por consiguiente, el que corresponde, en el logro de un espectáculo lleno de calidades, al director, Pedro Morthéiru, y al director de escena, José Fuentes. Muy agradable la escenografía, de Detmer Aising.

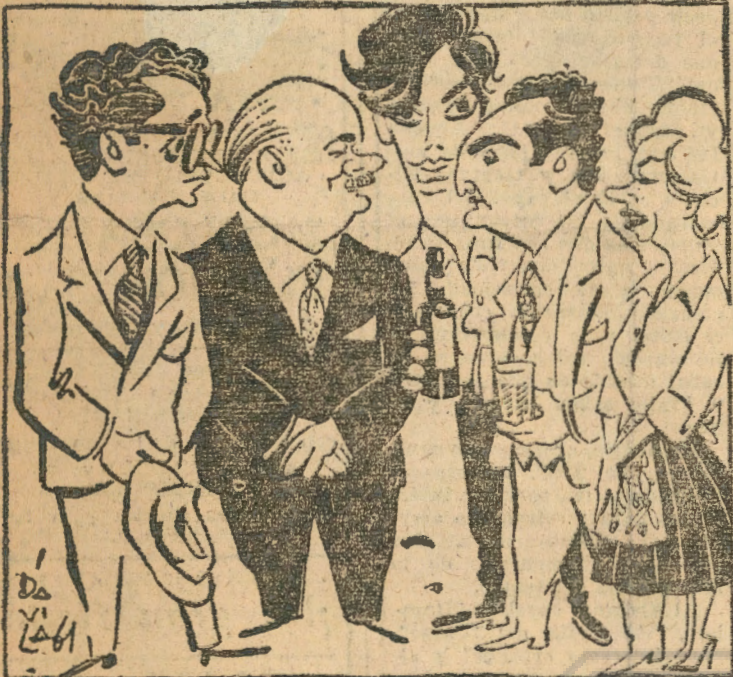
El público siguió con gran interés el desarrollo de la obra y aplaudió muy prolongadamente en los finales, tanto al autor como a los actores y directores de la comedia.

ELIAS GOMEZ PICAZO

12 JUN. 1961

ESTRENO EN EL ESPAÑOL: "DEJA QUE LOS PERROS LA DREN".—La Compañía Profesional de la Universidad Católica de Chile, en su segunda prueba, que nos la ofreció el martes último con el estreno de una comedia de Vodanovic, "Deja que los perros la dren", ganó también no el aprobado, sino la nota de sobresaliente. Primero con una obra de conjunto numeroso, que nos la sirvió viva e impecablemente, y a continuación con otra de menos movimiento—sólo de cinco personajes—, pero también interpretada de

"Deja que los perros ladren", de Sergio Vodanovic



CORNEJO (Mario H. Sepúlveda), MINISTRO (Justo Ugarte), OCTAVIO (Héctor Noguera), URIBE (Mario Montilles) y CARMEN (Silvia Piñero).

CORNEJO.—Entonces ¿no actúa por dinero? ¿Qué lástima; el dinero es siempre lo más barato!

(Caricaturas de Dávila.)

maravilla, han refrendado su valía, de entusiasmo y estudio nada comunes. Aquella, asainetada y complicada, tuvo en su "gente" la agilidad precisa, y esta de ahora—"Deja que los perros ladren", burguesa y humana, ceñida y natural—halló asimismo en sus intérpretes la encarnación más adecuada. Silvia Piñero—única mujer de la comedia—es una comedianta extraordinaria. Caricaturizada en "aquella", en ésta es una madre íntegra—comprensión, resolución y ternura—, y en ambos cometidos está asombrosa. Su ductilidad es espléndida. Siente la adaptación. Se compenetra. Y si convence cuando habla, más y mejor consigue el mismo efecto cuando escucha. Vive lo que interpreta. Le sigue en méritos, en sencillez, justeza y sinceridad, quien hace de "hijo suyo", el galán Héctor Noguera, de brillo claro en sus comienzos. Y rivalizan—sin decaer ni desmerecer—los otros tres actores: Mario Montilles, Justo Ugarte y Hugo Sepúlveda. Es, como se ve—la interpretación—, lo mejor y más sazonado de la embajada artística de Chile.

Las obras—y ambas interesaron—están en segundo término, que no es tampoco nada desestimable. Buenas las dos, no nos descubren nada: Es decir, nos han descubierto algo: que ni el salnete está en ruina ni la comedia recta, de "vapuleo social", pero vibrante, es desafiada por el público, y éste compuesto de todas las edades. Con la representación de esta comedia de Vodanovic, también autor chileno y autor de hoy, resucitamos con el recuerdo algunas noches—las más felices de su autor—de nuestro inolvidable Linares Rivas, y las resucitamos no sólo por la obra, sino también por sus resultados, de estremecedora y franca aprobación.

El éxito fué grande, tanto o más que el del estreno primero.

ESTRENO DE "VERSOS DE CIEGO", ÚLTIMA FUNCIÓN DE ABONO DE LOS CHILENOS.—Bajo la dirección de Eugenio Dittborn, admirablemente detallista, el grupo artístico de Chile—también esta vez en conjunto numeroso, pero irreprochablemente disciplinado, que es su tónica—nos ofreció el sábado—como última novedad—el estreno de la fantasía "Versos de ciego", original del autor chileno Luis A. Heiremans, joven comediógrafo que, ambicioso de calidad, se "pone al día", sobre todo en construcción, para servirnos líricamente—forzosamente reiterativa—una idea vieja, pero eterna, con alarde de técnica y abundante expresión de manifestaciones delicadas. Su principal propósito—hondamente emotivo—lo consigue. Nos canta la esperanza—una vez más—, y la propia fe de su trabajo nos conmueve. El público, ganado, aplaudió el cuento calurosamente, e igual que el cuento escenificado, el primoroso trabajo de los intérpretes, nombres a los que hay que añadir, sobre los destacados por otras obras, los de Elea Moreno, Maruja Cifuentes, Eva Knovel, Lucy Salgado, y Eduardo Naveda. Son apropiadas asimismo las ilustraciones musicales—bien conjugadas—y la sencilla totalidad de la presentación escénica.

Otra jornada y otro triunfo. Con lo esencial de estos artistas, que es la disciplina—sin que el "divismo" en ningún momento asome y entorpezca—se redondean batallas y se suman éxitos.

Fecha - 8 JUN. 1961

PROSCENIO

Estreno de «Deja que los perros ladren» en el Español

El Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile nos ha ofrecido el martes por la noche, en su ciclo del Español, el estreno de la obra "Deja que los perros ladren", de Sergio Vodanovic, que alcanzó muy buen éxito. Ni el enfoque ni la temática de la obra de Vodanovic son ajenos al teatro español, que en tantas ocasiones y por medio de obras de distintos autores ha realizado una especie de toma de conciencia a través de la crítica de las costumbres sociales. De Benavente a Alfonso Paso, por citar dos extremos cronológicos del teatro contemporáneo, podemos citar abundancia de obras pertenecientes al mismo tronco del que dimana la de Vodanovic. Interesaba, partiendo de este hecho y de la comunidad de lo que un escolástico llamaría género próximo, hallar la última diferencia en la creación personal de esta obra chilena, tanto en lo que se refiere a su idioma y desarrollo teatral como a los matices y peculiaridades específicamente costumbristas que revela.

"Deja que los perros ladren" se halla concebida dentro de un minucioso realismo y del teatro que podríamos llamar convencional o tradicional. No hay que buscar en ella audacias formales expositivas, sino el desarrollo de unos hechos paradigmáticos expuestos de manera que permitan el libre curso de la tesis que hace prevalecer a la moral estricta sobre la moral social, al uso con sus tolerancias y corrupciones a través del trance agonal por que atraviesa el protagonista y su familia. La tesis y sus premisas se muestran explícitamente y se formulan en el diálogo de manera a veces demasiado patente para que el espectador no sienta la redundancia de las palabras corroborando unos hechos visibles en sí y en sus implicaciones. Es una forma teatral, con todo, que no ha perdido su eficacia directa, sobre todo cuando se realiza por medio de una exposición ajustada y diestra, con gran dominio teatral del diálogo y las situaciones y moviendo unos personajes tan ceñidos como bien descritos, cinco caracteres excelentes en su entidad individual y representativa, así como en

la teatralidad de sus enfrentamientos.

De todo ello se deduce el valor teatral de la obra de Vodanovic y su interés como exponente de un teatro nacional chileno de nuestro tiempo. Falta por decir que sus valores llegaron íntegramente al público, realizados por medio de una interpretación sencillamente magnífica de dominio, de naturalidad y de buena escuela, por tantos conceptos ejemplar. Cada uno de los actores efectuó un recital dentro de la gama de expresiones del carácter representado con propiedad suma. Silvia Piñero, Mario Montilles, Héctor Noguera, Justo Ugarte y Mario Hugo Sepúlveda dieron un curso de arte comediante que no ha caído en el vacío. La obra y sus intérpretes fueron fuertemente ovacionados y al final de su representación compartió con ellos el triunfo el director, Pedro Mortheiru, con toda justicia.

VALENCIA

Previo dico

Anter nos

El ciclo ... en el Español



Escena de la obra de Sergio Vodanovic, estrenada con gran éxito en el Español por el Teatro de la Universidad Católica de Chile

DIALOGO SOBRE «DEJA QUE LOS PERROS LADREN», de SERGIO VODANOVIC

Intérpretes: Mario Montiles, Héctor Noguera, Silvia Piñeiro, Justo Ugarte y Mario Hugo Sepúlveda. — **Iluminación:** Bernardo Trumper. — **Vestuario:** Hernán Letelier. — **Escenografía:** Detmer Alsing. — **Dirección:** Pedro Mortheriu. — **Compañía:** Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile. — **Teatro Español.**

LA obra de Vodanovic puede examinarse desde dos puntos distintos muy distantes. Por ello me ha parecido de cierto interés hacer esta crítica dialogada. Los personajes, los eternos personajes, representan cada uno de esos dos «estados de opinión» que se enfrentan todos los días en nuestra vida teatral y más allá de la misma.

A.—Esto es como lo de «¡Hay que restituir!» Me ha hecho pensar en «La muralla»...

B.—¿Qué relación hay entre la obra de Vodanovic y la de Calvo Sotelo?

A.—Ambas constituyen dramas de denuncia. En las dos se dice que «¡Hay que restituir!»..., y se nos sermonea con buena voluntad...

B.—Yo creo que la calificación de «teatro de denuncia» es una vaga e inicialísima aproximación a una obra dramática. Denuncias hay hasta en esas lamentables revistas donde se habla mal de los transportes o de la carestía de la vida... Lo que importa es hablar de lo que se denuncia, cómo se denuncia y por qué.

A.—Ya está usted hablando de cosas ajenas al teatro. El crítico ha de juzgar la materia artística. De sus tres exigencias, el qué, el cómo y el por qué; yo creo que importa esencialmente el cómo. Vodanovic denuncia la inmoralidad social, de modo parecido a como lo han hecho una serie de autores. Quizá un poco peor que muchos, porque «Deja que los perros ladren» tiene una cierta carga de latiguillos y de arbitrariedades psicológicas.

B.—No estoy de acuerdo con su planteamiento. Si usted ha leído el programa habrá visto una nota del autor en la que se dice: «Creo en el teatro como un arte de trascendencia social y me parece que es el escenario un magnífico lugar desde donde se puede influir en la conciencia colectiva.» ¿Sabe usted lo que es la conciencia colectiva?

A.—Me está usted hablando de cosas viejitas: el teatro, escuela de costumbres.

B.—Esto me recuerda una cosa que decía Unamuno: «Hay cristianos que cuando leen que Dios hizo el mundo para su Gloria, se dan por satisfechos.»

A.—No entiendo a qué viene la cita. Hasta me parece una cita sospechosa.

B.—Mire, amigo, hay y muchas cosas de las que es necesario hablar: en los teatros y en donde sea. En donde se pueda. Y cualquier falsilla, cualquier sistema de conocimientos teatrales que se oponga a ello, por cultísimo que sea, me parece una tontería y una inmoralidad. Vodanovic habla de cosas que nos importan a muchos. Y esto es lo fundamental. Compare, por ejemplo, «Deja que los perros ladren» con «Dinero», de Calvo Sotelo, donde se denunciaba la insolidaridad de la alta burguesía, reacia a prestarle un millón de pesetas a uno de sus miembros que necesitaba tapar un desfalco... Resulta que casi nadie pertenece a esa alta burguesía, que casi nadie ha robado un millón y, por decirlo de otro modo, que casi nadie sabe lo que

es un millón de pesetas... En cambio, Vodanovic...

A.—No siga por ahí. Hablemos sólo de teatro.

B.—¿Por qué? ¿No se da cuenta que en todo el mundo existe un movimiento por llevar al teatro los temas y los problemas colectivos? ¿No comprende que esto ha ocurrido en todas las grandes épocas del teatro? Tiene usted razón: nada hay nuevo en la escena. Pero ¿no comprende que la artesanía del teatro burgués es absolutamente insuficiente?

A.—«Deja que los perros ladren» estará muerta dentro de diez años.

B.—¿Y qué importa eso? Casi todo lo que se estrena ahora nace ya muerto. Yo admiro de la obra de Vodanovic su médula social, que desborda siempre la «casuística». No se trata de un caso clínico, sino de una situación social, afrontada sin ningún fatalismo, sino reclamando la máxima intervención de cada uno para que mejoren y se abran las circunstancias...

A.—¿Déjeme de camelos y hablemos de la interpretación y

montaje! Los encontré excelentes.

B.—En eso estamos de acuerdo. También yo encontré muy encomiable la labor de los cinco intérpretes. Su sinceridad. Una autenticidad que desbordaba cualquier estimación puramente técnica.

A.—Los decorados, la ambientación e iluminación eran espléndidos. Mario Montiles, de técnica sólo discreta, fue, en cambio, un protagonista lleno de veracidad. Silvia Piñeiro, que tanto nos había divertido en «La pérgola de las flores», se mantuvo esta vez en una línea emotiva y convincente. Seguro, de excelente técnica, pero un tanto «tipificado», Justo Ugarte, en el ministro.

B.—Bueno, y también magnífico Mario Hugo Sepúlveda en su

personaje secundario. En cuanto a Héctor Noguera, fue lo mejor y lo peor del reparto. En algunas escenas pecó por exceso de medios expresivos; en cambio, en el último cuadro, en la estupenda «declaración del problema generacional», estuvo formidable. Fue lo mejor de la noche. Añadamos que los aplausos del público fueron enormes.

A.—Perdone que insista. ¿Por qué no admite usted los defectos formales de la pieza? ¿Hablamos de su tono un tanto ingenuo?

B.—Puedo aceptar tales cosas. Lo que ocurre es que para mí son secundarias. En cambio, usted es casi lo único que sabe ver. ¡Le he oído elogiar tanta comedia simplemente porque estaba bien hecha!

JOSE MONLEON

